

El teléfono sonó justo cuando Ágata iba a cerrar la puerta. Se preguntó por un momento si dejar la llamada en manos del contestador pues ya salía con algo más de media hora de retraso pero tras el instante de duda decidió que ya que el enfado de Jorge no iba a ser mayor por cinco minutos más de espera, contestaría ella misma la llamada. La voz del otro lado del auricular le comunicó que Jorge acababa de entrar en quirófano. Su estado era crítico pues había sido apuñalado por la espalda pero por suerte los hechos habían ocurrido en la calle contigua a la del hospital por lo que su traslado al mismo se había realizado con gran rapidez.

Ágata está reviviendo una y otra vez la conversación. Lo que siguió tras ella: su salida precipitada de casa, la carrera hasta el hospital, la confirmación de la muerte... son recuerdos desdibujados en su aturdida mente.

*“Si no me hubiese entretenido”.*

Un sentimiento de culpabilidad la atenaza con tal fuerza que no deja apenas lugar para la pena y las lágrimas por su pérdida, obligándola a negarse a aceptar la evidencia como si así, tal vez, pudiese cambiarla. Si ella no hubiese llegado tarde a la parada de autobús en la que habían quedado, su hermano no habría sido víctima del atraco que le había costado la vida.

*“Si no le hubiera hecho esperar”.*

Está sola en el tanatorio del hospital, en la sala que han reservado para los despojos de Jorge. Todo ha sido tan rápido que los ochocientos kilómetros que la separan de su pueblo natal impiden que en este momento pueda recibir el consuelo de unos brazos

amigos ya que ambos hermanos sólo llevan un par de semanas en la ciudad y todavía no conocen a nadie.

*“Si hubiese llegado a tiempo”.*

Hace media hora que el celador pasó avisando del cierre del tanatorio hasta la mañana siguiente, pero Ágata no estaba dispuesta a irse sola a casa y dejar allí el cuerpo de su hermano. Se escondió en un pequeño hueco que quedaba tras la puerta de la sala. Contuvo la respiración cuando el celador se asomó para confirmar que no había nadie y expulsó el aire de golpe cuando éste cerró tras de sí la puerta aunque permaneció en el mismo sitio hasta que se apagaron todas las luces.

*“Si hubiese sido puntual”.*

Ahora sabe que el lugar está desierto. Sólo está ella, el cadáver de su hermano y los del resto de difuntos que esperan su entierro o incineración en salas adyacentes. Sentada junto al ataúd que contiene los restos de Jorge siente frío y se arrebujaba en su chaqueta.

*“Me quedaré con él”.*

Los débiles rayos de luna menguante que entran por la pequeña ventana apenas iluminan la estancia permitiendo adivinar, más que ver, la forma rectangular de madera de nogal que se alza justo en el centro de la habitación. Ágata se levanta y camina nerviosa alrededor de la caja tomando conciencia en este momento de que su precipitada decisión la va a hacer pasar toda la noche allí encerrada.

*“Esta va a ser mi noche más larga ”.*

Siente un frío cada vez más intenso y piensa que debería haberse ido a casa y volver a primera hora de la mañana, en cuanto hubiesen abierto. Se asoma y mira el cuerpo sin

vida. La tapa sellada de cristal le permite ver la figura de su hermano, pero la escasa luz no le deja ver su rostro con claridad. Se acerca un poco más hasta casi tocar el cristal con su cara y se aparta bruscamente cuando cree ver que Jorge abre los ojos y la mira directamente a los suyos. Se aparta con precipitación ahogando un grito. Aquello no es posible, tiene que ser sólo fruto de su imaginación. Vuelve a acercarse y a mirar. Los ojos de Jorge están cerrados.

*“Sólo ha sido mi imaginación”.*

Han pasado dos interminables y largas horas en las que ha intentado echar una cabezada, pero le ha resultado imposible. Tiene que ir al lavabo. Por suerte el celador no cierra las puertas de las salas con llave, pero claro, ¿porqué habría de encerrar a los muertos?. Tiene que atravesar un largo pasillo para llegar hasta los aseos y ello la obliga a pasar por delante de casi todas las salas. Las luces de emergencia permiten ver un poco mejor en esta zona del tanatorio y se da cuenta de que algunas salas tienen las puertas abiertas. Sabe que nadie puede oírla, pero aún y así y sin habérselo propuesto intencionadamente va caminando de puntillas para no hacer ruido. Se siente nerviosa y comprende que está algo asustada. Intenta calmarse razonando sobre la estupidez de sentir miedo por encontrarse sola en un espacio cerrado rodeada de cadáveres. Los muertos están muertos, no pueden hacer nada. Su raciocinio no la tranquiliza sino más bien al contrario.

*“¿Cómo puedo ser tan tonta?”*

Tira de la cadena y se estremece al oír cómo el agua cae estrepitosamente en la taza. Ágata contiene por unos instantes la respiración y espera a que la cisterna se llene y vuelva a quedar en silencio antes de decidirse a salir del baño. Sigue caminando de

puntillas, pero esta vez atraviesa el pasillo con mucha más rapidez que antes, casi corriendo. Vuelve a entrar en la sala de Jorge llevando consigo la impresión de que ahora había más puertas abiertas que antes. Cierra la puerta, apoya en ella su espalda. Se da cuenta de que tiembla ligeramente. Decide que ya está bien, debe armarse de valor, no va a pasar toda la noche aterrorizada como una chiquilla. Respira hondo intentando calmarse y justo en ese momento le parece oír un ruido al otro lado. El corazón se le acelera y se le entrecorta la respiración. Acerca el oído a la puerta. No se oye nada.

*“Te estás volviendo paranoica”.*

Encamina tímidos pasos hacia el ataúd y se obliga a volver a mirar en su interior. No ve el cadáver de Jorge. La caja sigue cerrada pero ahora está vacía. El pánico se apodera de ella. Tiene que salir de allí pero no se atreve a volver a salir al pasillo. El sudor cubre todo su cuerpo y su respiración es cada vez más agitada. Se queda mirando la ventana. Está muy alta y no sabe si cogerá a través de ella pero tiene que intentarlo. Acerca una de las sillas y se sube encima. Sólo logra rozar con los dedos el picaporte. ¡Le falta tan poco!. Vuelve a insistir estirando su pequeño cuerpo todo lo que le es posible. Oye a alguien susurrando su nombre. Ágata cae de bruces contra el suelo en su intento de salir ahora de la habitación. Con las manos por delante a forma de pantalla cruza la estancia emitiendo gritos ahogados.

*“Esto no puede estar pasando”.*

Llorando alcanza la puerta y sale al pasillo. Echa a correr desesperadamente hacia la salida y escucha pasos tras ella, pero no se atreve a mirar atrás. Llega a las grandes puertas acristaladas y empuja con fuerza, pero éstas no se mueven ni un ápice. Los pasos se detienen y Ágata, jadeando, sigue inútilmente luchando por salir. Es imposible,

el celador cierra cuidadosamente cada noche para que nadie pueda entrar a perturbar la paz de los muertos. Ágata siente una mano rozándole el hombro y grita pidiendo ayuda aún a sabiendas que nadie puede oírla. Echa a correr de nuevo hacia los lavabos. Tal vez pueda encerrarse allí hasta que llegue el celador para abrir o tal vez halla alguna ventana por la que sí pueda escapar. Cuando estuvo antes no se fijó en eso.

*“Deprisa, deprisa, me pisa los talones”.*

Alcanza el lavabo y consigue cerrar tras de sí. Examina las paredes en busca de ventanas que le proporcionen una salida. Nada. El pomo se mueve y no ve nada con lo que atrancar la puerta. Una evidencia estalla en su cabeza: si su hermano ha conseguido fugarse de un ataúd sellado no cree que nada le impida cruzar una simple puerta.

*“ ¡No quiero morir! ”.*

Arañazos en la puerta, voces pronunciado su nombre. Ágata sentada en el suelo con la cabeza entre las rodillas, rezando por primera vez desde ya no recuerda cuando. Silencio. De pronto se da cuenta de que ya no escucha nada. No sabe cuanto tiempo ha pasado. Se obliga a escuchar con más atención. Quietud. Sigue sin atreverse a moverse. Unos minutos más. Su respiración se va calmando. Tal vez finalmente todo haya sido fruto de su imaginación. Levanta la cabeza y se incorpora con extrema lentitud. Pega el oído a la puerta. Su pulso se desacelera un poco.

*“ ¿Salgo? ”.*

Agarra el pomo con fuerza y lo gira a cámara lenta. Abre una finísima rendija. Allí no hay nada. Se pregunta qué hacer ahora. ¿Volver a la sala de Jorge?. ¿Quedarse donde está?. Si lo ha imaginado todo puede ir tranquilamente a buscar su bolso y usar el móvil

para pedir ayuda. Eso es lo mejor, avisar a alguien para que la saquen de allí. Vuelve a cruzar el pasillo obligándose a caminar con calma. Con los ojos fijos en el suelo para no ver las puertas de las salas, llega a la de su hermano.

*“Lo he conseguido”. “Ya acabó todo”.*

Desde el umbral escruta toda la habitación y penetra en ella. Toma su bolso sin atreverse a alzar la vista hacia el ataúd de Jorge. No está el móvil. ¿Lo guardó antes de salir?. No está segura. Puede que lo olvidase con las prisas. Vuelve a sentirse culpable. Las prisas se las tenía que haber dado antes y nada de lo que había pasado en las últimas horas hubiese ocurrido.

*“Los lamentos ya no valen de nada”.*

En el tanatorio debe de haber algún teléfono, pero le produce verdadera inquietud tener que recorrerlo de nuevo. Incertidumbre. Se pregunta cuánto debe faltar para que vuelvan a abrir y si merece la pena esperar. No. Decididamente no quiere esperar.

*“Tengo que salir de aquí o me volveré loca”.*

Le viene el recuerdo de un teléfono en lo que debía ser una sala de espera en la que también había máquinas de café y refrescos. Se encamina hacia allí con los nudillos blancos por la fuerza con la que lleva agarrado el bolso. Busca unas monedas y descuelga el auricular. Un fuerte golpe en la cabeza la deja sin sentido.

Ágata despierta atada de pies y manos dentro de una caja de nogal sellada con una tapa de cristal. . No entiende lo que ha pasado, ¿es la venganza de Jorge?. Sus gritos inundan el ataúd y su frente choca una y otra vez contra el cristal. Todos sus músculos,

todos sus pensamientos se aúnan en un solo objetivo, salir de ahí. Pese al dolor, pese a la sangre que comienza a derramarse por su cara, sus golpes son cada vez más fuertes y sus gritos más desesperados. Es inútil. Arriba, los veladores de los muertos se despiden de ellos cuando el celador pasa avisando del cierre del tanatorio. Las grandes puertas acristaladas se cierran.

*“ ¡Me asfixio! ”.*

Como cada noche el tanatorio queda vacío. Sólo se encuentran en él los cuerpos sin vida que yacen en las distintas salas y... el celador. Éste entra en el sótano y empieza a despegar apresuradamente la tapa de la caja de nogal. El cristal, empañado de vaho, no permite ver el interior. La única muestra del horror que guarda es una enorme mancha roja que hace adivinar la lucha encarnizada contra el cruel destino.

El celador guarda un secreto. Pasa las noches en el tanatorio acompañado de sus transitorios moradores. Los contempla, los acaricia y muchas veces encuentra, en sus ya inútiles bolsillos, recuerdos que guardar. Ahora, con los ojos inyectados de deseo, mira el pequeño cuerpo inerte.

El celador extrae el cadáver de Ágata. Al principio, la imaginación de la muchacha se lo puso fácil para pasar un rato divertido. Después, tuvo que evitar que pudiese desvelar su secreto al llamar por teléfono. Finalmente, sintió la imperiosa necesidad de poseerla.

*“ Anoche me divertí de lo lindo asustándote, pero esta noche va a ser mejor ”.*